



www.loqueleo.com

Título original: EL CLUB DE LOS OLVIDADOS

© 2019, Yina Guerrero

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-914-7

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Impreso en Colombia

Primera edición: marzo de 2020

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Edición: Luis Beiro Álvarez

Corrección de estilo: Mirtha Gonzáles

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Ilustraciones: Tulio Matos

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

El club de los olvidados

Yina Guerrero

Ilustraciones de Tulio Matos

loqueleg

*A José Augusto, por llevarme a Manabao y sin
saberlo, recordarme historias que había olvidado.*

*A ti que lees este libro,
descubrirás criaturas extraordinarias
a lo largo de tu vida.
Compártelas con el mundo
y vivirán por siempre.*

Relámpagos

La historia de Juanchi es muy especial. Él es un muchacho tan común como la tayota en la Ciénaga de Manabao, a quien le pasó algo fuera de serie por una vez en la vida. Él era un niño alto y flacucho con pecas en el rostro que acostumbraba vestir una camisa crema, curtida y de mangas cortas, combinada con un pantalón largo de color kaki con el ruedo deshilachado, dentro del par de botas negras de hule, salpicadas de lodo seco.

Su pariente y amigo más cercano es Cabulla, un tío de su mamá Morayma, quien nunca se casó ni tuvo hijos, pasándose la vida dando tumbos de aquí para allá, en las casas de sus siete hermanos y veintiséis sobrinos. A Juanchi le encantaba que Cabulla fuera a visitarles, pues el tío abuelo le había contado historias increíbles, y fue también quien le regaló su modesta colección de libros, la

que atesoraba como un pirata podía hacerlo con el oro y las perlas.

A Morayma, eso de vivir del cuento no es que le agradara mucho, decía que Juanchi se volvía tonto con tantas historias en la cabeza.

10 —A ver tío, dígame usted... ¿no dizque leer es para los inteligentes? A Juanchi esos libros no hacen más que ponerlo bruto, y yo que creía que eran para lo contrario.

—¡Ahhhh! Qué vas a saber tú de eso, si nunca quisiste ir a la escuela.

—Y poca falta que me hizo. Mire, tío, usted sabe que lo respeto mucho, pero si el muchacho no aprende mejor no gaste su dinero en cosas que le llenan la cabeza de bobadas.

—¡Bah! Déjalo, él sabe lo que hace.

—Qué va a saber.

—¡Válgame Dios, mujer! Piensa mejor lo que hablas, no sea que el día de mañana te arrepientas
—Morayma torció la boca hacia un lado, quedándose callada.

Juanchi no era tonto, sino bastante distraído, tanto así, que una vez tuvo que caminar desnudo entre la gente del pueblo, tapándose con ramas de

pino verde. La escenita vino después de que a Juanchi se le ocurriera darse un chapuzón en pelotas, despojándose de su ropa a orillas del río Yaque. Otro día le dieron una pela por no amarrar a Chicha, la mula, por lo que esta se perdió por tres largos días.

Juanchi, a pesar de ser así, amaba la lectura. Es más, era tal su interés por las letras que iba a la escuela por voluntad propia y no por obligación como lo hacían algunos de sus amigos. La lectura no era muy común en su familia: sus primos y su hermano trabajaban en los sembradíos de tayota, cosa que a él no le gustaba. Su pasión eran los libros.

Además de Juanchi y Morayma, en la casa rosada a pocos metros de la entrada al Parque Nacional Armando Bermúdez, vivían su padre Tiburcio y sus hermanos Pepito y Laura.

Pepito andaba de novio con Rosita, la hija de doña Pura y vecina de enfrente. Laura era la hermana del medio, no leía libros ni andaba de novia con nadie; a ella le gustaba cantar frente al espejo usando un cepillo de pelo como si fuera un micrófono. Tiburcio, era el guía más recomendado de la zona, al año conducía a cientos de campistas hasta la cima del Pico Duarte, quienes desfilaban por el

sendero desde todas partes de la República Dominicana y del extranjero.

12 También estaba Yuya, «la amiga especial» de Juanchi, quien no se había mudado oficialmente a la casa rosada, pero que en la práctica era como si viviera con ellos. Morayma decía que Yuya era una «avispita», yendo y viniendo detrás de Juanchi sin parar de hablar, aunque él le prestara muy poca atención, como pasó aquella tarde.

—Mira, Juanchi, está lloviendo con el sol afuera —le dijo Yuya, sentada a su lado en la galería, intentando llamar su atención mientras él leía.

—Uhju.

—¿No te parece un poco loco cuando pasan esas cosas?

—Bueeeeno —hizo alguna morisqueta.

—¿Cómo que bueeeeno? ¿Sí o no?... Hazme caso.

—Dicen que se está casando una bruja —respondió entre dientes.

—¿Una qué? No entendí nada.

—Es lo que dice la leyenda —se rascó la cabeza.

—¿Leyeeenda, cuál leyenda?

Juanchi cerró el libro, se dio con él en la frente y respiró profundo.



LA VUELTA
AL
MUNDO
EN 80 DÍAS